especial para El Norte, edición del 4 de octubre de 1992
Un domingo en París: las puertas abiertas
miguel ángel granados chapa

Ya no se estilan, en los diarios, las crónicas de viajes. Han pasado a la historia, arrastradas por el cine primero, y la televisión y los videos después, que ponen al alcance de todos, lugares y acontecimientos que antaño requerían la fuerza expresiva de un relator al mismo tiempo exacto y vehemente. Con todo, pretendo hoy revivir aquel género periodístico para narrar a ustedes un singular fin de semana en París, el siguiente al referéndum que el 20 de septiembre hizo que Francia votara en favor de la integración europea.

El domingo 27, hace una semana, la rica vida parisiense no incluyó dos acontecimientos importantes. Uno fue muy visible y el otro, pero ambos dan cuenta del espíritu francés. El que se advirtió menos fue la elección de un tercio del Senado. Por dos causas pudo apenas percatarse, el público en general, de lo que ocurría en este caso. Por un lado, la Cámara de Senadores es un cuerpo de menor importancia política que la Asamblea Nacional, donde el fragor de la lucha parlamentaria es más ruidoso y conocido. Por otra parte, los senadores franceses no son elegidos directamente por los ciudadanos, sino que sus nombramientos derivan de los consejos municipales y regionales, cuyos integrantes se erigen en grandes electores. De esa manera, en vez de que el evento movilizara a cerca de treinta millones de personas, como aconteció una semana atrás, menos de ~~cincuenta mil~~ cincuenta mil personas se reunieron para hacer la designación de 102 miembros de la Cámara Alta.

Esta vez, sin embargo, la elección fue menos rutinaria que de costumbre. la renovación de la tercera parte de las bancas senatoriales coincidió con la decisión de Alain Poher de abandonar la presidencia de ese cuerpo, misma que ha ocupado desde hace casi un cuarto de siglo. Elegido por primera vez en 1968, cuando regía aún la Quinta República el general De Gaulle, Poher fue reelegido ininterrumpidamente desde entonces, hasta que ahora por propia voluntad se retira. Poher brilló con esplendor en dos breves momentos, cuando asumió provisionalmente la Presidencia de la República, lo mismo a la renuncia de De Gaulle, que a la muerte de su sucesor, Georges Pompidou. Esta facultad, la más sobresaliente de quien encabeza el Senado, la de cubrir las ausencias definitivas del Presidente de la República, mientras es elegido quien lo reemplace, se ha hecho significativa ahora, a la vista de una posible retirada temprana del Presidente Mitterrand.

Como se sabe, este hábil político, que luchó por ocupar el Eliseo durante más de quince años (pues fue candidato ~~dos veces~~ tres veces (contra De Gaulle, Pompidou y Giscard D'Estaing) antes de ganar la presidencia en 1981, obtuvo su reelección en 1988. Sumará catorce años en el poder en 1995, lapso que parece excesivo aun para el propio Mitterand, que en varios momentos ha sugerido que estaría en disposición de abandonar el Palacio del Eliseo antes de concluir su segundo periodo. Aunque no fuera sincero en sus declaraciones (muchos franceses tienden a descreer de cuanta palabra brota de sus labios) las circunstancias pudieran hacerlas efectivas. Por un lado, enfermó de la próstata, y aunque es obvio que sacó partido a su situación, no parece que la naturaleza perdone el paso del tiempo, y los achaques de este hombre que llegó a la Presidencia después de los sesenta años terminaran por imponerle su ley. Igualmente, la política podría

retirarlo: en marzo se efectuarán elecciones legislativas, y los indicios conducen a la presunción de que los partidos de derecha ganarán la mayoría en el Parlamento. Ante ese resultado, caben tres posibilidades: una, que el Presidente nombrara un Primer ministro sin apoyo mayoritario, lo que impregnaría a su gobierno de una notable debilidad, parecida a la que Francia vivió durante la Tercera (1870-1940) y la Cuarta República (1945-1958), en que los gabinetes caían a cada rato. La segunda, que nombre un primer ministro de derecha, como ya lo hizo en 1986, al presentarse una situación semejante, y experimentarse la cohabitación, es decir, la coexistencia en los dos mandos principales de la República, de personajes pertenecientes a partidos enfrentados. Pero Jacques Chirac, el alcalde de París que participó en aquella experiencia, y sería el más indicado para repetirla, anunció ya su indisposición para hacerlo. De tal modo que cabría la tercera opción: que el Presidente debiera marcharse, a fin de evitar la cohabitación modelo 1993.

Mientras algo de eso ocurre, Mitterrand se fue a descansar al campo, convaleciente de su operación prostática, y dejó abiertas las puertas del Palacio del Elíseo, no para que lo ocupe su sucesor, todavía, sino como parte de un fin de semana singular.

El Ministerio de Educación y Cultura asumió una feliz iniciativa: bajo el lema "Entren a la historia", se efecuaron las Jornadas del patrimonio, consistentes en abrir al público diez mil monumentos y sitios históricos habitualmente sustraidos a las visitas de la gente en general. La razón es que la mayor parte de esos lugares están asignados a usos gubernamentales, aunque también los hay convertidos en sedes de empresas. Por lo que a mi toca, resolví escoger un sitio que reuniera un triple interés: conservar un valor artístico, en cuanto inmueble y las piezas que albergue; tener importancia histórica, por los acontecimientos que hubieran tenido lugar en él; y que sea sede, actualmente, de un órgano oficial de interés. El Palacio Real, Le Palais Royal, fue el lugar elegido. Situado calle de por medio de los palacios del Louvre y las Tullerías, fue al comienzo la residencia del cardenal Richelieu, quien encargó al arquitecto Lemercier (el mismo que construyó La Sorbona) el acondicionamiento de la gran casa para regalarla al rey Luis XIII. Las proporciones del establecimiento se pueden apreciar si recordamos que su sala de teatro privada se convirtió al paso del tiempo en la sede de la célebre Comedia Francesa, donde se representa cotidianamente lo más selecto del teatro de este país donde florecieron Racine y Corneille, y sobre todo Moliere.

No fue fácil entrar. El evento concitó un enorme interés no sólo entre el abundante turismo que invade París, sino entre los franceses mismos. De hecho había más nacionales que extranjeros en la lenta y prolongada fila que como serpiente circulaba por la entrada al conjunto de edificios (en uno de cuyos rincones vivió Colette, la célebre escritora que coronó su fama a mediados de este siglo). Pero cuando al fin fue posible estar en las salas del palacio, el espectáculo de la arquitectura, la pintura y la escultura de las diversas épocas allí representadas, compensaban la fatigosa marcha. Aunque perteneció a sus enemigos historicos, el Palacio Real recoge el espíritu de Napoleón I, y en menor medida el de su sobrino, con razón apodado El pequeño. El arquitecto Prosper Chabrol, que sobrevivió al ~~Tercer Imperio~~ Segundo Imperio, tiene en este lugar varias de sus obras más notables, algunas agregadas ya durante la vigencia del régimen

el viaje/3

un domingo/3

republicano, en 1875. Hay también cuadros espléndidos de Henri Martin, en la sala de la Asamblea General, que representan a la agricultura, el comercio, la industria y el trabajo intelectual.

El Consejo Constitucional es uno de los legados de De Gaulle. Incluido en la Constitución de 1958, tiene dos grandes grupos de atribuciones. Una es el control de la constitucionalidad, es decir la verificación de que las leyes secundarias y los tratados internacionales se apeguen al documento jurídico de mayor importancia. En la otra vertiente de sus funciones, vigila la celebración del referéndum, así como de las elecciones presidenciales y legislativas.

Mucho más antiguo es el Consejo de Estado. Data de la era napoleónica, pues el Primer Cónsul decidió rodearse de sabios que lo aconsejaran en su intensa tarea legislativa, que alcanzó su máximo esplendor ya durante el Imperio. Actualmente, seis secciones auxilian al poder ejecutivo y al Parlamento en lo que hace a proyectos de ley relacionados con la política interior, la financiera, la de obras públicas, la de asuntos sociales y la de estudios y proyectos. La sexta sección hace, en realidad, funciones de tribunal, pues se encarga de juzgar los actos administrativos, al modo en que lo hacen los contenciosos administrativos en el derecho mexicano. Igualmente, el Consejo de Estado resuelve las cuestiones de competencia entre diversos órganos judiciales o de la administración.

La visita termina con toques de modernidad, pues el sabor añejo de los salones y su ornato queda remarcado, en las salas de los Consejo citados, por los expedientes y los libros, así como los ficheros y las colecciones de jurisprudencia y de periódicos acumulados a lo largo del tiempo. En el Ministerio de Educación y Cultura, en cambio, contrasta con la cuidada vetustez de los muros y techos la modernidad de los instrumentos de trabajo: monitores de computadora y esbeltos televisores, así como teléfonos conectados a la red privada y al sistema público, colocados sobre muebles diseñados conforme al último grito de la moda, enseñan la vocación adaptativa de la administración francesa, cuyo modelo ha servido para que las de otras naciones, como México, agrupen sus funciones y sus órganos.

A pesar de que el recorrido por una treintena de salas, corredores y pequeños espacios que antes fueron oratorios se efectua con premiosidad, por la multitud que espera entrar en los aposentos de los reyes y los emperadores franceses, asiento igualmente de próceres revolucionarios, implica una dilatada inversión de tiempo. Al cabo de la visita, un inesperado sol otoñal espera a los viajeros por la historia y la Constitución, que se incorporan de nuevo al mundanal ruido de los ~~camiones~~ autobuses repletos de turistas japoneses, y casas de cambio que ofrecen cada vez menos francos por los dólares tan afanosamente conseguidos.

—o—

No hubo Plaza Pública el lunes 5 octubre.